

La Loli

La Loli sorprendió a la tía viuda de las Vinuesa (perdón, era al revés, pero las del Nuestra Señora Santa María nunca hacemos tachones) en zapatillas a eso de las seis de la tarde con la manicura como quien dice terminada sentada, muy tranquila frente al tocador, poniéndose la gargantilla con el camafeo ribeteado de brillantitos.

A los noventa y cuatro años estaba muy bien, con la cabeza muy en su sitio y la costumbre desde hacía por lo menos treinta y cuatro de ir todos los miércoles por la tarde tanto en invierno como en primavera o en otoño (porque los veranos había nacido con la costumbre de pasarlos en Saint-Tropez pese a los ruegos de que se quedase en Cercedilla, mucho más fácil y tan cerca; pero se negó, se negó porque Gracia Clotilde era terriblemente tozuda) a jugar a la canasta con sus amigas.

Aquel día, sin embargo y ya porque no fuese verano — que debía con mucha probabilidad de no serlo porque la de Arrupe, que tenía una memoria tan buena que podía dar pelos y señales de minucias en las que nadie más se hubiera fijado, dijo que a una de sus sobrinas, muy joven, la había pillado [asando castañas la víspera de su boda](#) — o porque en Saint-Tropez hubiera una epidemia malísima de cólera o, incluso, porque no estuviera siendo miércoles, allí estaba.

– ¿Seguro?

– Vaya usted a verla con sus propios ojos, si es que no me cree.

Y fue; sí.

Fue a mirar con sus propios ojos y tal y como la criada terminaba de contarle la encontró inmóvil y, despacito, con movimientos sigilosos y sin tocar nada, rodeó la mesa primero por el lado derecho, y luego por el izquierdo, y leyó en aquellos ojos tan grandes un azul muy intenso y, en los labios tan pálidos que parecían querer un poquito entreabiertos decir algo, cierto remoto atisbo de media palabra...

– Algún día – musitó, casi sin inmutarse tal vez porque no era doña Paula de esas que pierden los nervios y se ponen a pegar gritos fácilmente — tenía que ocurrir algo así.

Desanduvo luego el pasillo, subió la escalera, se llegó a su habitación y, allí, despacio porque qué prisa corría ya, no terminó de ponerse la gargantilla sino que se vistió su traje negro de los domingos y, con cuidadito de no engancharlas porque la sortija sí que la tenía ya puesta, la izquierda primero, bien tirante, y luego la derecha, sus medias negras; sus medias negras y sus pendientes de azabache y, en la cabeza, la mantilla no de las grandes ceremonias sino la pequeña, sencilla y sin apenas blonda...

Luego buscó su bolso y, a la criada, que la miraba hacer como quien no da crédito, “ahora vengo; tengo que decírselo a Marcela”.

La Loli

– ¿Y qué puede hacer ella? — fue la respuesta de la otra.

– Nada, supongo — sacándose después de tantos cuidados la sortija y cerrando el joyero —; pero tiene que saberlo...

– Tienes que saberlo, Marcela — le dijo, cuando se encaró con ella —; y si me he resuelto a aun a pesar del firme propósito que tenía hecho de no salir de casa hasta por lo menos el cabo de año venir a pedírtelo es porque, y no me digas que te pilla de sorpresa, aunque he criado a las tres como si las tres fueran mis hijas y a las tres quiero, ésta, Honorina, ha sido siempre mi ojito derecho.

– Tu ojito derecho; sí. Pero eso no debiera impedirte el comprender que Honorina ha sido siempre muy...

– Muy; sí. Es verdad. Pero, aun así... Además, la Verdaguer, ¿no dicen que es tan buena en matemáticas?

– En matemáticas sí; pero, como no se puede tener todo, en otras cosas... No es, sin embargo, me atrevería a asegurarte, mala persona y, si me apuras, te diría que incluso servicial; abnegada y dispuesta a, en ocasiones...

– ¡Oh, sí: hacerse cargo a veces de trabajos que otras, pues... Pero no es, no era, y tú estás tan metida tan hasta el cuello en esto que debieras no ignorar ciertos pormenores, el caso en este caso de la pobre Honorina que... ¡Es tan exaltada! ¡Pone tanta pasión en cualquier empresa que se le encomiende!

– Ese es, precisamente el problema. Nadie encomendó, Paula, nada a nadie. Ellas, todas, eligieron libremente y, luego; las cosas no siempre resultan como...

– Habrían resultado. La conozco bien. Habrían resultado si esa pequeña harpía...

– Esa “pequeña harpía”, como tú con tanto rencor la denominas, apenas si ha tenido arte ni part...

– ¡Desde luego, ahí estás en lo cierto, que arte no! ¿A quién con un mínimo de sentido de la lógica, de la estética, se le hubiese ocurrido algo tan estrafalario?

– ¡Vamos, Paula; seguro que exageras!

– Eso es lo que tú te crees. Si hubieras visto con tus propios ojos, como he visto yo, una pobre anciana decrepita...

– Me parece, y perdona, que estás desbarrando...

– ¡Ridícula!

La Loli

– ¡Vaya!

– Grotesca; sí. Ella, en cambio... ¡Estaba tan entusiasmada y lo tenía todo tan... Con sus ojos, sus labios, su pelo un poquito no sé por qué pero siempre imaginó, eso sí, ensortijado...

– ¿Ensortijado?

– Sí.

– ¿Muy ensortijado?

– Bueno, bastante; por lo menos unos mechones que lleva por... así, por los lados...

– ¿Y los ojos?

– Grandes; ya te digo. Y muy azules.

– ¿Y los labios?

– Los labios casi blancos; y las mejillas, de momento, se diría que de cera...

– ¿Los labios casi blancos y las mejillas aun de cera?

– Sí... ¿Pero por qué pones esa cara?

– Pues porque lleva no sé ya cuántos días con este asunto. Y por lo que me cuentas no avanza. Pero...

– “Pero”, ¿qué?

– No; nada. Es que estaba pensando en... la señorita Benilde ¿Crees que le gustaría?

– No lo sé; ella ya tenía su idea y... Pero ¿por qué tuvo que inmiscuirse en esto Gracia Clotilde?, ¿eh?; y encima, la otra, allí, sobre su mesa, sin recato ni decoro alguno siendo como es, además, su amiga?

– Ahí tienes una prueba de que mala fe no ha habido. Si hubiera tenido intención de traicionarla, de actuar a sus espaldas, no habría dejado, así, sobre la mesa, cuando se tomaron según dices un descanso para merendar... Además, la señorita Benilde, estoy tratando de buscar una solución, puede no estar mal.

– La señorita Benilde, según tengo oído, es un poquito maniática; una persona tirando a difícil, y Honorina, en cuestión de caracteres, no se maneja demasiado bien...

– ¿Y Violeta?

– ¿Violeta?

La Loli

– Oh, sí, Violeta es bastante más... asequible, te diría; aunque desde luego un asequible más bien así como que un poquito entrecomillado porque es tan voluble, la condenada, que...

– Pues entonces no sirve. Y es que, por más vueltas que le demos, Marcela, con lo que esta niña mejor se maneja es con todo lo que es... no sé: decorativo ¿Y te imaginas cómo podrían ser esos bucles, un poco estropajosos y tan fuera de lugar en una anciana en manos de Honorina; y los labios, incluso los dientes más bien grandes y a lo mejor un poco amarillentos por causa del tabaco, y los ojos, con las pestañas un poquito ralas...

– La Verdaguer, en cambio, lo que son las cosas, ahí flojea.

– Y, se me ocurre a mí, Marcela, así al pronto que por qué no...

– Pues porque la Verdaguer, ya te lo he dicho, también tiene su corazoncito. Y después de que se avino a seguir con lo que Gracia Clotilde había empezado ahora me da no sé qué...

Pero que, en fin; hablaría con ella y trataría de engatusarla para que... “aunque no sé — recapacité — estaba pensando en